

6 VIDA CONSAGRADA: EL RETO DE MANIFESTAR LA BELLEZA DE DIOS

DOI: 10.22199/S07198175.2013.0002.00006

Dra. María Esther GÓMEZ DE PEDRO

Recibido el 28 de noviembre. Aceptado el 9 de diciembre de 2013.

RESUMEN

A partir de la doctrina tomista de la belleza, y la identificación de las tres condiciones que poseen los cuerpos bellos: integridad, proporción y claridad, se aborda la manera en que estas notas están presentes en la vida consagrada –tanto en la doctrina tomista como en el magisterio de los últimos Papas. El consagrado, por dedicarse especialmente al logro del fin último del hombre, Dios, tiende a la perfección de la caridad, a la que, apoyada con la gracia, se predispone y prepara con la práctica de las virtudes, en especial de los consejos evangélicos. Las virtudes quitan los obstáculos para conseguir el fin y disponen además un orden acorde a la propia naturaleza. De la caridad a Dios y de este orden o proporción, manan las obras de la caridad, que son una irradiación del amor que vive en su interior. De esta manera, en la vida consagrada la perfección proporciona integridad, las virtudes garantizan la proporción, mientras que la caridad a Dios, unida a todo lo anterior, irradia la claridad y el esplendor de la belleza de Dios en la caridad del amor fraterno y del amor al prójimo.

Palabras clave: Belleza, Dios, Vida consagrada, Tomás de Aquino, Magisterio pontificio

CONSECRATED LIFE: THE CHALLENGE TO MANIFEST GOD'S BEAUTY

ABSTRACT

From the Thomistic doctrine of beauty and the identification of the three conditions of beautiful bodies: integrity, proportion, and clarity, we address the way these notes are present in the consecrated life, both in the Thomistic doctrine as in the teaching of recent Popes. The Consecrated, especially devoted to the achievement of the ultimate goal of man, God, tends to the perfection of charity, which, supported by grace, is prepared with the practice of virtues, especially of the evangelical counsels. Virtues remove obstacles to achieve the goal and also have an order consistent with human nature. Charitable works, that are an irradiation of inner love, arise from charity to God and its order and proportion. Thus, in consecrated life perfection provides integrity, virtues guarantee proportion, while charity to God, together with the above, radiates the clarity and splendor of God's beauty into charity, love for one's neighbor and brotherly love.

Key words: Beauty, God, Consecrated life, Thomas Aquinas, Papal teaching

1. Introducción

La vida humana, cada uno de los fenómenos y vivencias no sólo son algo, sino que remiten y se dirigen a algo que les da sentido. Según la antigua formulación aristotélica, responde a que “La naturaleza no hace nada en vano”¹. Si podemos hablar de una naturaleza humana, también nuestros deseos y anhelos responden a esta lógica inserta en el logos de cada ente. Y lo mismo se podría decir, de forma análoga, de las manifestaciones de lo que es cada uno, de nuestra manera de actuar. También actuamos por algo y para algo. Entre el ser y su manifestación hay no sólo una estrecha relación casual, sino también una relación de sentido.

Responde a nuestro ser más profundo el deseo de crecer, de superarnos y perfeccionarnos y a ello dedicamos gran parte de nuestras energías. Efectivamente, “el hombre es el ser capaz de trascendencia”², decía una conferencia de 1966 el entonces profesor de Teología Joseph Ratzinger. La realización de ese impulso natural a trascenderse exige un esfuerzo personal constante. Pero tanto en la aspiración como en el esfuerzo personal para lograrlo, se percibe una tensión hacia algo que está más allá de nosotros mismos y nos supera, y a ello responden los anhelos de infinito que descubrimos. De ahí que a todo hombre se le presente un dilema alternativo fundamental: o se asume la existencia de ese Ser infinito que ha puesto en nosotros tales deseos y puede ayudarnos a realizarnos saliendo más allá de nosotros mismos, o, por el contrario, se asume la renuncia a tales deseos inalcanzables a nuestras fuerzas por no existir nadie que pueda satisfacerlos, es decir, la negación del Absoluto, de Dios.

Si, de acuerdo a lo que nos presenta como razonable una razón en armonía con la fe, optamos por la primera opción, y, en concreto, por la opción cristiana católica, entonces hay que considerar otra cuestión. Y es que existen desafíos si se quiere vivir la vocación genuina de ser hombre auténtico según el modelo de Quien es la Verdad, el Camino y la Vida -Cristo. Para ello la lucha ascética puramente humana en ascensión al bien y en pos de la verdad se presenta como insuficiente, y se hace urgente

¹ ARISTÓTELES, *Política*, I, 1.

² JOSEPH RATZINGER, *Was ist der Mensch?*, (*Mitteilungen. Institut Paspt-Benedikt XVI*. 1(2008), 43).

dejarse seducir y encantar por la belleza divina de la que participan ambos, una belleza capaz de mover también afectivamente en ese camino.

Al respecto, Su Santidad Benedicto XVI ha puesto de manifiesto

“[...] la necesidad y el empeño de un engrandecimiento de los horizontes de la razón y, en esta perspectiva, es necesario volver a comprender también la íntima conexión que une la búsqueda de la belleza con la búsqueda de la verdad y la bondad. Una razón que quisiera despojarse de la belleza resultaría disminuida, como también una belleza privada de razón se reduciría a una máscara vacía e ilusoria”³.

A lo largo de estas páginas queremos plantearnos si es posible, y cómo, la belleza espiritual –que seduce nuestro anhelo de trascendencia- puede manifestarse y desde ahí irradiar la verdad y el bien. Según la cercanía personal con la belleza por excelencia, su irradiación será de un tipo u otro y en este sentido podemos rastrear distintas huellas según las vocaciones a los estados de vida. Aquí nos dedicaremos a una: la vida consagrada.

Y así nos centraremos en la belleza espiritual a partir de las bases de la doctrina filosófica tomista⁴ de la belleza y su radicación en el ser. De entre sus variadas aplicaciones queremos indagar en qué sentido y de qué manera la belleza de la vida consagrada sería una manifestación teológica de la Belleza de la vida trinitaria. Una vez expuesta la doctrina del Aquinate sobre la belleza en general, abordaremos su reflexión acerca de lo propio de los estados de vida y en concreto, según lo anteriormente dicho, acerca de lo propio del estado religioso. Esto último será completado con la doctrina de Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica post sinodal sobre *La Vida consagrada*, publicada el año 1996, y algunas consideraciones de Benedicto XVI al respecto, lo cual permitirá validar las grandes intuiciones que descubrimos en el Aquinate en relación a la manera en que la belleza se manifiesta en la vida consagrada. Así lo hizo Benedicto XVI, en el con-

³ Benedicto XVI, Mensaje a la XIII Sesión pública de las Academias Pontificas sobre la “Universalidad de la belleza: estética y ética al contraste”, 24 de noviembre de 2008.

⁴ El recurso a la doctrina del Aquinate se justifica por varias razones: la primera es que el núcleo de este escrito fue presentado en la XXXIV Semana Tomista celebrada en Argentina, del 7 al 11 de septiembre del 2009; la segunda apela a la perenne validez de las verdades que este filósofo y teólogo sacó a la luz sobre aspectos esenciales del ser humano.

texto de la Jornada Mundial de la Juventud realizada en Madrid, durante el encuentro con jóvenes religiosas, frente al relativismo y la mediocridad, al apelar a la actualidad y necesidad del testimonio de la radicalidad de una vida transformada por Cristo a través de una consagración “como pertenencia a Dios sumamente amado”⁵.

No nos adentraremos en este momento en la obra de Von Balthasar, un referente en el siglo XX dentro de la teología católica, pero sí queremos servirnos aquí de la magistral manera en que, en la Introducción a su *Gloria*, presenta la noción trascendental de belleza, su actual declive pero asimismo su defensa porque sigue gozando de sentido. Es una cita larga pero nos sitúa muy bien ante las exigencias que quieren aquí ser abordadas.

Después de conceder que para el filósofo la belleza es un punto de llegada, centro de la experiencia estética, y en íntima unión con los otros trascendentales, afirma:

“Nuestra palabra inicial se llama belleza. La belleza, última palabra a la que puede llegar el intelecto reflexivo, ya que es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estela de la verdad y del bien y su indisoluble unión. La belleza desinteresada, sin la cual no sabía entenderse a sí mismo el mundo antiguo, pero que se ha despedido sigilosamente y de puntillas del mundo moderno de los intereses, abandonándolo a su avidez y a su tristeza. La belleza, que tampoco es ya apreciada ni protegida por la religión y que, sin embargo, cual máscara desprendida de su rostro, deja al descubierto rasgos que amenazan volverse ininteligibles para los hombres. La belleza, en la que no nos atrevemos a seguir creyendo y a la que hemos convertido en una apariencia para librarnos de ella sin remordimientos. La belleza, que (como hoy aparece bien claro) reclama para sí al menos tanto valor y fuerza de decisión como la verdad y el bien, y que no se deja separar ni alejar de sus dos hermanas, sin arrastrarlas consigo en una misteriosa venganza. De aquel cuyo semblante se crispa ante la sola mención de su nombre (pues para él la belleza es sólo chuchería exótica del pasado burgués) podemos asegurar que –abierta o tácitamente– ya no es capaz de rezar y, pronto, ni

⁵ Benedicto XVI, Saludo en el Encuentro con jóvenes religiosas, El Escorial, 19 agosto 2011.

siquiera será capaz de amar. El siglo XIX se aferró todavía con un entusiasmo apasionado al ropaje de bellezas huidizas, a las boyas flotantes del mundo antiguo que se hundía (...); el mundo iluminado por Dios se redice a sueño y apariencia, romanticismo, y pronto será sólo música; pero, cuando la nube se desvanece, queda una imagen insoportable de la angustia, la materia desnuda; y, dado que todo se ha desvanecido y, sin embargo, se siente la necesidad de abrazar algo, el hombre de nuestro siglo corre obligado hacia ese himeneo inalcanzable que, a la postre, le hace detestar toda forma de amor. Ahora bien, aquello que revela al hombre su impotencia, aquello que le es imposible someter, le resulta insufrible; por eso no tiene otra alternativa que negarlo o roarlo de un silencio de muerte.

En un mundo sin belleza –aunque los hombres no puedan prescindir de la palabra y la pronuncien constantemente, si bien utilizándola de modo equivocado-, en un mundo que quizás no está privado de ella pero que ya no es capaz de verla, de contar con ella, el bien ha perdido asimismo su fuerza tractiva, la evidencia de su deber-ser realizado; el hombre se queda perplejo ante él y se pregunta por qué ha de hacer el bien y no el mal. Al fin y al cabo es otra posibilidad, e incluso más excitante, ¿Por qué no sondear las profundidades satánicas? En un mundo que ya no se cree capaz de afirmar la belleza, también los argumentos demostrativos de la verdad han perdido su contundencia, su fuerza de conclusión lógica [...].

Y si esto ocurre con los trascendentales, sólo porque uno de ellos ha sido descuidado, ¿qué ocurrirá con el ser mismo? Si Tomás consideraba al ser como “una cierta luz” del ente, ¿no se apagará esta luz allí donde el lenguaje de la luz ha sido olvidado y ya no se permite al misterio del ser expresarse a sí mismo? Lo que resta es sólo una porción de existencia que, si bien en cuanto espíritu puede arrogarse una cierta libertad, permanece, sin embargo, totalmente oscura e incomprensible para sí misma. El testimonio del ser deviene increíble para aquel que ya no es capaz de entender la belleza”⁶.

⁶ VON BALTHASAR, H. U.; *Gloria (una estética teológica); 1. La percepción de la forma*, Madrid, Ed. Encuentro, 1985; Tr. E. Saura, 22-24.

2. La noción de belleza

Lo primero a abordar es la noción de belleza, la cual ha sido explicitada y desarrollada con profundidad en la doctrina de Santo Tomás de Aquino⁷. Su estudio aporta sus rasgos esenciales y las notas que la caracterizan.

Si partimos de los entes, del nivel óntico, experimentamos que hay seres bellos que, por su belleza, provocan un efecto frutivo y de gozo en quienes los conocen. Ahora bien, si nos preguntamos por lo que caracteriza su belleza, Santo Tomás, recogiendo la tradición anterior, define tres condiciones de los seres bellos: la integridad, la proporción y la claridad. “Para la belleza se requiere lo siguiente: Primero, integridad o perfección, pues lo inacabado, por ser inacabado, es feo. También se requiere la debida proporción o armonía. Por último, se precisa la claridad, de ahí que lo que tiene nitidez de color sea llamado bello”⁸.

Las tres condiciones remiten al ser, aunque sólo la última, la claridad, traspasa la frontera de las cualidades sensibles y se asienta en la forma del ente. La integridad es necesaria pero insuficiente, pues para ser bello no basta que el ente esté completo en su modo de ser⁹. La proporción, entendida según analogía como aquella “relación resultante entre dos o más seres, o entre las partes de un ser cuando, a pesar de las diferencias, convienen en algo”¹⁰ y que se manifiesta como un cierto orden, sigue siendo insuficiente en sí misma, por lo que se necesita una tercera condición, que es la claridad. Entendida analógicamente respecto a su sentido propio de la visión, la claridad es la “fuerza de manifestación de las cosas”¹¹ que brota de la entraña del ser concreto, de su forma¹². Es la forma la que constituye al ser, tanto en su orden interno y en la

⁷ La fuente fundamental de estudio que ha inspirado esta breve síntesis introductoria es la obra del P. A. LOBATO, *Ser y belleza*; Madrid, Unión Editorial, 2005. En ella se encuentra un desarrollo completo de la doctrina tomista de la belleza, en su relación con el ser, del que aquí sólo esbozaremos lo fundamental y necesario para poder centrarnos en la concreción teológica de la belleza propia de la vida consagrada.

⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, Ia, q. 39, a. 8. Emplearemos ST para designar la *Suma Teológica*.

⁹ “Lo perfecto es aquello a lo cual nada le falta conforme al modo de su perfección”. ST, Ia, q. 4, a. 1.

¹⁰ A. LOBATO, *Ser y belleza*, 100.

¹¹ TOMÁS DE AQUINO, *In II Sent.* dict. 13, 1, 2.

¹² “Cada ser es bello y bueno por su propia forma” DN, c.4, lect. 5, n.355.

inteligibilidad que surge del acto de ser, como en su manifestación¹³. El orden que dispone las partes de manera proporcionada y perfecta es constituido por la forma, de tal manera que esta configuración interna resplandece externamente y manifiesta la belleza del ser. La razón es porque “el orden constituye la conexión de los elementos de lo bello”¹⁴, por eso estará presente en todos los entes bellos.

Antes de terminar este apartado quisiera aludir brevemente al origen de lo bello. De la constatación de que los seres son más o menos bellos, se deduce que ellos no son la belleza en sí misma, sino que la poseen por participación¹⁵ en el Ser que es la Causa primera de belleza. “Dios es la misma belleza”¹⁶ y lo es debido a la eminencia y perfección de su ser; y como este es subsistente, también lo es la belleza. Así, la pregunta por el origen último de la belleza lleva al Aquinate a afirmar que “la belleza de la criatura no es otra cosa que la semejanza de la divina Belleza participada en la criatura”¹⁷.

3. Belleza moral y vocación cristiana

Si predicamos la belleza de la persona humana, podemos decir de cada una que, en razón de su estatuto ontológico, es bella de alguna manera. Nos lo permite la conversión entre el ser y sus atributos, uno de los cuales es la belleza¹⁸. Sin embargo, y debido a nuestro carácter de seres libres, cada persona humana tiene en sus manos la opción de acometer el logro del orden propio, de su naturaleza. Para ello debe poner en juego su libertad y esfuerzo. Sería, como vimos al inicio, una ‘cierta conquista’ para la

¹³ “Lo bello dice, por añadidura sobre el ente, la relación de conveniencia que el ente apunta hacia un yo. Relación que tiene dos aspectos. Vista desde el fundamento, es el ente con capacidad para referirse al espíritu. Vista desde el término, es la aprehensión deleitosa del ente que se manifiesta. Inteligibilidad y perfección de la parte del ente; cognoscibilidad y apetito de la parte del yo”. (A. LOBATO, *Ser y belleza*, 138).

¹⁴ A. LOBATO, *Ser y belleza*, 111.

¹⁵ *ST*, Ia, q. 2, a. 3.

¹⁶ *Ibid*, II-IIa, q. 145, a. 5, a. 2.

¹⁷ *In Librum Beati Dionysii De Divinis Nominibus Espositio*. N., c. 4, lect. 5, n.353.

¹⁸ Nos adherimos a las conclusiones del P. A. Lobato en su libro *Ser y belleza*, por las que sitúa la belleza como un atributo del ser, especialmente el capítulo V, “La belleza en el despliegue nocional del ente”.

que cuenta, ayudada de la gracia, con la tendencia natural a la plenitud y con sus facultades superiores.

La belleza espiritual del ser humano, por tanto, debe ser buscada igual que es buscado el fin último, y para ello deben practicarse las virtudes, en tanto que hábitos que perfeccionan cada facultad, sus actos propios y, por esto, a la persona entera. Es en este sentido en que Santo Tomás aplica a la honestidad el carácter de belleza espiritual: “La belleza espiritual consiste en que la conducta del hombre, es decir, sus acciones, sea proporcionada según el esplendor espiritual de la razón. Ahora bien: esto pertenece a la razón de honesto”¹⁹. Observamos, pues, que sí es posible reflejar la belleza en la vida humana.

La proporción según el orden de la razón junto a la integridad estarían presentes en el esplendor o claridad de la belleza espiritual, que es superior a la corporal.

La vocación personal es clave en todo proyecto de vida y siendo que, junto al estado matrimonial, la vida de total consagración a Dios es un posible estado de vida²⁰ dentro de esa búsqueda, es relevante analizar su relación con la belleza. Cómo busca y de qué manera refleja o debe reflejar la perfección y, por lo mismo, la belleza es lo que procederemos a investigar, sirviéndonos de la doctrina tomista acerca de los estados de vida y el magisterio de los últimos Papas: Juan Pablo II y Benedicto XVI.

La existencia de distintos estados de vida dentro de la Iglesia es algo “necesario para la dignidad y belleza de la Iglesia, la cual consiste en cierto orden”²¹. Esta afirmación, de ecos paulinos²² y que se reitera en el magisterio²³, presenta la Iglesia al modo del cuerpo místico en el que todos sus miembros, cada uno con su misión específica, son importantes.

¹⁹ ST, II-IIa, q. 145, a. 2

²⁰ “Estado, propiamente hablando, significa una posición particular conforme a la naturaleza, con cierta estabilidad” (S T, II-IIa, q. 183, a. 1, in c.).

²¹ *Ibid*, a. 2.

²² 1 *Cor* 12, 12-28.

²³ Especialmente en la Exhortación apostólica postsinodal de Juan Pablo II *La Vida consagrada*—del 25 de marzo de 1996—, así como su institución de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada, el día 2 de febrero, a partir del año 1997. Son parte del magisterio del Decreto sobre la vida consagrada: *Perfecae caritatis* así como el capítulo VI de la Constitución Dogmática *Lumen gentium*.

Ciertamente, todo cristiano, al convertirse en hijo de Dios, hermano de Cristo y templo del Espíritu Santo, goza de una participación en el ser y en la belleza de la vida de la Trinidad que está llamado a vivir e irradiar –no es otra cosa la vocación universal a la santidad. Esta participación se realiza de forma mística, pero real, a través de la gracia recibida en el bautismo al sembrar en el alma las semillas de la vida divina, especialmente a través de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, de cuyo crecimiento se es también responsable. La vida divina intratrinitaria, que es de absoluta plenitud, donación y caridad entre las tres divinas Personas, se caracteriza, pues, por el amor. “Dios es amor”, dice San Juan en su primera carta²⁴, por lo que parece que ha de ser la participación en ese amor, como manifestación de la mayor plenitud en Dios, el elemento constitutivo de la belleza de la vida cristiana.

4. Belleza de la vida consagrada

Como todo bautizado, las personas llamadas a la vida consagrada aspiran a la perfección de la caridad²⁵ y a ella se comprometen²⁶. Fuertemente atraída por Dios, “seducida en el secreto de su corazón por la belleza y la bondad de Señor”²⁷, cada persona consagrada le da una respuesta de amor y entrega, “exultante de gratitud por haber sido admitida de manera totalmente particular al conocimiento del Hijo a la participación en su misión divina en el mundo”²⁸. La belleza de Dios –que seduce- aparece así como origen inequívoco de la vocación a la especial consagración. Sin embargo, también viene a ser su fin, en tanto que llamada a y como

²⁴ 1 Jn 4, 8.

²⁵ Siendo la contemplación de la verdad divina el fin último de la persona humana (Cfr. ST, II-IIa, q. 180), declara el Aquinate, que tal contemplación no puede ser más que amorosa: “No sólo se ve sino que también se ama la verdad divina” (q. 180, a. 7, ad 1). De aquí que la perfección de la vida cristiana consista en la caridad: “Se considera que una cosa es perfecta cuando alcanza el fin propio, que es su última perfección. Ahora bien: la caridad es la que nos une a Dios, que es el fin último de la mente humana, ya que “el que permanece en caridad permanece en Dios y Dios en él”, como se dice en 1 Jn 4, 16. Por tanto, la perfección cristiana consiste principalmente en la caridad” (ST, II-IIa, q. 184, a. 1, in c.)

²⁶ Lo formal del estado de perfección, frente al del cristiano en general, es la decisión libre de obligarse “para siempre, con cierta solemnidad, a las cosas relacionadas con la perfección” (*Ibid*, a.4, in c).

²⁷ JUAN PABLO II, *Vida consagrada*, n. 104.

²⁸ *Idem*.

consecuencia de su intimidad con Cristo, a ser resplandor y manifestación de la belleza de Dios, tal como afirma Juan Pablo II:

“Con intuición profunda, los Padres de la Iglesia han calificado este camino espiritual como *filocalia*, es decir, amor por la belleza divina, que es irradiación de la divina bondad. La persona, que por el poder del Espíritu Santo es conducida progresivamente a la plena configuración con Cristo, refleja en sí misma un rayo de la luz inaccesible y en su peregrinar terreno camina hacia la Fuente inagotable de la luz. De este modo, la vida consagrada es una expresión particularmente profunda de la Iglesia Esposa, la cual, conducida por el Espíritu a reproducir en sí los rasgos del Esposo, se presenta ante Él resplandeciente, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada (cf. Ef 5, 27)”²⁹.

Según esta cita, la vida consagrada³⁰ tiene la especial misión de reflejar la belleza de Dios haciendo resplandecer la luz divina en su misma vida. Para ahondar en ello indagaremos la manera en que las tres condiciones de lo bello se dan en la vida consagrada: integridad, proporción y claridad.

5. Las condiciones de lo bello en la vida consagrada

a. Integridad

La integridad, según vimos, exige la perfección de un ser en la medida en que está completo porque no le falta nada de lo que le es propio³¹. Según

²⁹ *Ibid*, n° 19.

³⁰ Santo Tomás habla de la vida religiosa y de estado de vida religiosa, mientras que aquí nos referiremos a la vida consagrada. La razón es que éste es un concepto más amplio, que incluye, junto a las Órdenes e Institutos Religiosos, también a los recientes Institutos Seculares que, desde su aprobación en 1947 por Pío XII, son reconocidos como estado de perfección en la Iglesia. Las notas características que señala el santo son comunes a ambos: Si la religión es la “virtud por medio de la cual se ofrece algo para el servicio y culto de Dios”, serán religiosos o consagrados “aquellos que se entregan totalmente al servicio divino, ofreciéndose como holocausto a Dios” (ST, II-IIa, q. 186, a 1, in c.).

³¹ “Uno puede ser perfecto bajo dos aspectos. Primero, esencialmente, en cuyo caso se mira la perfección por aquello que pertenece a la misma naturaleza, por ejemplo, decimos que un animal es perfecto cuando no le falta nada en la disposición de los miembros o en otros elementos propios de la vida animal” (*Ibid*, q. 184, a. 1, ad 1).

esto, en la vida consagrada debe estar presente lo esencial de la perfección cristiana que, de forma propia, es la caridad, es decir, el mismo amor de Dios. Esta caridad, aunque no se posea perfectamente y en plenitud, en esta vida, debe ser el fin al que aspire el consagrado que por eso “está obligado a tender hacia ella y procurar adquirirla”³². Para conseguirlo habrá de remover los obstáculos y excluir todo lo que se “oponga al movimiento de amor a Dios”³³, de tal manera que se reciba, como la forma eminente de la perfección, la misma caridad a Dios, de la que deriva, como de una fuente, la caridad al prójimo. Esta constante y amorosa orientación a Dios, para contrastar los efectos del pecado original en las potencias del alma, exige que la persona posea, fruto de las virtudes, una cierta disposición habitual a Dios y a las cosas de Dios, Bien supremo. Para ello y como consecuencia, el consagrado se compromete libremente a realizar una serie de prácticas o ejercicios a ellas encaminadas con el fin de excluir todo lo que se oponga al amor de Dios y ganar la verdadera libertad evangélica. Así lo afirma Benedicto XVI:

“Así pues, una condición previa al seguimiento de Cristo es la renuncia, el desprendimiento de todo lo que no es Él. El Señor quiere hombres y mujeres libres, no vinculados, capaces de abandonarlo todo para seguirlo y encontrar sólo en él su propio todo. Hacen falta opciones valientes, tanto a nivel personal como comunitario, que impriman una nueva disciplina en la vida de las personas consagradas y las lleven a redescubrir la dimensión totalizante de la *sequela Christi*”³⁴.

La caridad mueve a la contemplación de Dios “en cuanto éste nos inflama en orden a contemplar su belleza”³⁵. Como esplendor y proporción de la razón, “a la cual pertenece ordenar en las cosas la claridad y la proporción”, la belleza se da propiamente en “la vida contemplativa que consiste en un

³² *Ibid*, q. 186, a. 2, in c. Así, es la perfección absoluta de la caridad se da exclusivamente en Dios; el amor que “tiende siempre a Dios de un modo actual y siempre con todas sus fuerzas” sólo es posible en el cielo; en cambio sí es posible en esta vida la perfección “en cuanto se excluyan las cosa que se opongan al movimiento de amor a Dios” (*Ibid*, q. 184, a. 2, in c).

³³ *Idem*.

³⁴ Benedicto XVI, Discurso a Superiores Generales de Congregaciones e Institutos Seculares, 22 mayo 2006.

³⁵ Santo Tomás, ST, II-IIa, q. 180, a. 1

acto de la razón”³⁶. La belleza, que irradia Dios de forma propia, es contemplada por el alma que, a su vez y a través de esa contemplación recibe los resplandores de su claridad y participa así de su caridad. Por eso se puede decir que las virtudes morales, en tanto que “disponen y perfeccionan” al alma para la unión con Dios y su contemplación, poseen una “belleza participada”³⁷, según el orden de la razón.

La belleza estaría así presente en las personas consagradas, según su primera nota característica, como participada por la virtud.

b. Proporción

Según esto, las virtudes se nos presentan como los medios o requisitos para lograr la proporción en la vida consagrada, segunda condición de la belleza. Y lo son en la medida en que las virtudes morales ordenan las facultades según el orden propio de la naturaleza humana³⁸, y, elevadas por las virtudes teologales, hacen posible la contemplación amorosa de Dios, que en esta vida es un don de la gracia sobrenatural. Ellas aseguran una proporción ordenada entre las facultades humanas según el orden de la razón, en tanto que a ella, a través de la mediación de la voluntad, se ordenan el apetito sensible y sus pasiones. Insiste Santo Tomás en el efecto purificador o supresor de obstáculos que tienen las prácticas que abraza

³⁶ *Ibid*, a. 2. ad. 3.

³⁷ *Idem*

³⁸ Así lo expone Santo Tomás de Aquino en su tratado “De las virtudes en general” al describir la acción de las virtudes sobre los apetitos sensibles y su ordenación en relación a la razón: “La razón domina al irascible y al concupiscible. Por consiguiente, no se dice tanto que la virtud esté en el irascible o el concupiscible, como si por medio de ellos quedase realizado todo el acto de la virtud, o la parte más principal de la misma; sino por cuanto que, mediante el hábito de la virtud, se otorga al acto de la misma el último complemento de la bondad, en el sentido de que el irascible y el concupiscible siguen sin dificultad el orden de la razón” (a. 4, ad. 2). “La virtud no puede destruir toda la insubordinación del irascible y del concupiscible a la razón, porque la inclinación al bien sensible, que el irascible y el concupiscible tienen por su propia naturaleza, a veces es opuesto a la razón, aunque eso pueda producirse por la fuerza divina, que es capaz de modificar también las naturalezas. Sin embargo, esta insubordinación disminuye por medio de la virtud, en cuanto a que las fuerzas antedichas se habitúan para someterse a la razón, de modo que así obtienen del exterior lo que pertenece a la virtud, es decir, el dominio de la razón sobre ellas; no obstante, retienen por sí mismas algo de los impulsos propios que, algunas veces, son contrarios a la razón” (ad. 7). En *Opúsculos y cuestiones selectas II* (Maior 73, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2003).

el consagrado. En efecto, a raíz de tales prácticas y con el fin de obtener la caridad perfecta, “se extirpan mucho más fácilmente las ocasiones de pecado, que son las que hacen desaparecer la caridad”³⁹.

Dentro del conjunto de virtudes morales, “medio y disposición para la perfección”⁴⁰, destacan tres. Recoge así Santo Tomás la tradición de la Iglesia que coloca en la práctica de los consejos evangélicos⁴¹ –castidad, pobreza y obediencia- el modo específico del seguimiento de Cristo en la vida consagrada, aunque siempre subordinado a la consecución de la perfección en la caridad⁴².

Su primera misión es ejercitarse para tender a la perfección de la caridad, lo cual exige apartar los obstáculos⁴³ que impidan poner el afecto totalmente en Dios⁴⁴. Esta es al razón por la que uno se obliga a “prescindir

³⁹ *Ibid*, q. 186, a. 1, ad. 4.

⁴⁰ *Ibid*, a. 2, in c.

⁴¹ Los consejos implican los mandamientos divinos del amor a Dios y al prójimo, que es común a todos los cristianos, pero dan un paso más al obligarse libremente, a través de los votos de pobreza, castidad y obediencia, a practicar siempre lo más perfecto. Así es como los consagrados se “entregan totalmente al servicio divino, ofreciéndose como holocausto a Dios” (*Ibid*, q.186, a. 1).

⁴² “Esencialmente la perfección en la vida cristiana consiste en la caridad: principalmente en el amor a Dios y secundariamente en el amor al prójimo, que son el objeto principal de los preceptos de la ley divina. [...] De manera secundaria e instrumental la perfección consiste en los consejos” (*Ibid*, q. 184, a. 3, in c).

⁴³ Los obstáculos señalados en la *Suma Teológica* son: la ambición de los bienes terrenos, el deseo desordenado de deleites sensibles y el desorden de la voluntad humana. Lo confirma Juan Pablo II, cuando, al referirse al papel liberador de los votos, habla del “reto de los consejos evangélicos”. “Los consejos evangélicos no han de ser considerados como una negación de los valores inherentes a la sexualidad, al legítimo deseo de disponer de los bienes materiales y de decidir autónomamente de sí mismo. Estas inclinaciones, en cuanto fundadas en la naturaleza, son buenas en sí mismas. La criatura humana, no obstante, al estar debilitada por el pecado original, corre el peligro de secundarlas de manera desordenada. La profesión de castidad, pobreza y obediencia supone una voz de alerta para no infravalorar las heridas producidas por el pecado original, al mismo tiempo que, aun afirmando el valor de los bienes creados, *los relativiza*, presentando a Dios como el bien absoluto. Así, aquellos que siguen los consejos evangélicos, [...] proponen, por así decirlo, una «terapia espiritual» para la humanidad, puesto que rechazan la idolatría de las criaturas y hacen visible de algún modo al Dios viviente” (*Vida Consagrada*, n. 87). De esa manera, el valor de la castidad se enfrenta a la provocación de una “cultura hedonista” (*Cfr.* n. 88); frente al “materialismo ávido de poseer”, contrarresta la pobreza evangélica (*Cfr.* nn. 89-90) y ante “aquellas concepciones de libertad que, en esta fundamental prerrogativa humana, prescinden de su relación constitutiva con la verdad y con la norma moral” (*Cfr.* n. 91), la persona consagrada armoniza en su vida libertad y obediencia.

⁴⁴ *ST*, II-IIa, q. 186, a. 7, in c.

de las cosas que impiden al hombre dedicarse enteramente al servicio de Dios⁴⁵. Junto a esta, cumplen otras dos misiones: proporcionar al alma la tranquilidad respecto de las “preocupaciones externas”, necesaria para la contemplación, y hacer de la vida un “holocausto mediante el cual uno ofrece plenamente su persona y sus bienes a Dios”⁴⁶. Esto hace de los consejos, “antes que una renuncia, [...] una específica acogida del misterio de Cristo, vivida en la Iglesia”⁴⁷.

Así, al abrazar la pobreza, el corazón queda libre de apegos hacia aquellos bienes terrenos que llenan de inquietud⁴⁸ y pueden distraer el afecto de Dios, y hace posible al consagrado tender a Dios y ofrecerle su vida⁴⁹. A su vez, la continencia o castidad, tanto física como espiritual, permite dirigir la intención perfectamente a Dios⁵⁰ y vivir de forma exclusiva para Él, sin desviarse a otros amores. Así es como se entiende la definición de Teresa de Lisieux de virginidad como “silencio profundo de todas las preocupaciones de la tierra”⁵¹. En tercer lugar, la obediencia dispone a recibir la especial instrucción propia de la vida consagrada como “escuela o ejercicio para llegar a la perfección”⁵² en la que se ha de obedecer a los maestros que guían y orientan a ese fin. Este tercer voto es el más perfecto porque, a diferencia de los anteriores que principalmente se ordenan, según apunta

⁴⁵ *Ibid*, a. 4, in c.

⁴⁶ *Ibid*, a. 7, in c.

⁴⁷ *Vida Consagrada*, n. 16.

⁴⁸ Respecto a las riquezas, dice que “no contribuyen en gran manera a la felicidad de la vida contemplativa, sino que son más bien un obstáculo, en cuanto que la preocupación por ellas impide la tranquilidad del alma, que es sumamente necesaria para que uno se dedique a la vida contemplativa. [...] la posesión de riquezas impide, de suyo, la perfección de la caridad, principalmente atrayendo y distrayendo el afecto” (*ST*, II-IIa, q. 186, a. 3, ad.4).

⁴⁹ *Ibid*, a. 3, in c.

⁵⁰ La práctica del acto carnal, al que se renuncia libremente en la continencia, impide dedicarse totalmente al servicio de Dios por dos razones, la primera, por la intensidad del deleite y de la concupiscencia que le sigue, que borra “en el alma la perfecta intención de tender hacia Dios” y “por los cuidados que le vienen al hombre” por su familia (*Ibid*, a. 4, in c).

⁵¹ TERESA DE LISIEUX; *Obras Completas*; Burgos, Monte Carmelo, 71990, 448.

⁵² *Ibid*, a. 5, in c.

Santo Tomás⁵³, a reprimir las pasiones⁵⁴, éste ordena todas las acciones propias a la perfección, ofrece libremente a Dios lo más excelente de uno -su libertad y voluntad propia⁵⁵- e implica los otros dos⁵⁶.

Juan Pablo II pone de manifiesto la sublimidad y especial valor de este tercer voto en su modo de manifestar la belleza divina: “La *obediencia*, practicada a imitación de Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre (cf. *Jn 4, 34*), manifiesta la belleza liberadora de una *dependencia filial y no servil*, rica de sentido de responsabilidad y animada por la confianza recíproca, que es reflejo en la historia de la *amorosa correspondencia* propia de las tres Personas divinas”⁵⁷.

A su vez, Benedicto XVI expresa con fuerza vivencial el peso de los tres votos:

“En el momento de la profesión religiosa o de la promesa, la fe os llevó a una adhesión total al misterio del Corazón de Jesús, cuyos tesoros habéis descubierto. Renunciasteis entonces a cosas buenas, a disponer libremente de vuestra vida, a formar una familia, a acumular bienes, para poder ser libres de entregaros sin reservas a Cristo y a su reino. ¿Recordáis vuestro entusiasmo cuando emprendísteis la peregrinación de la vida consagrada, confiando en la ayuda de la gracia? Procurad no perder el impulso original, y dejad que María os conduzca a una adhesión cada vez más plena”⁵⁸.

⁵³ Este efecto inmediato de los consejos evangélicos es necesariamente completado con el efecto espiritual positivo de la identificación con Cristo y su estilo de vida. Así, en *Vida Consagrada* se afirma: “Abrazando la virginidad, hace suyo el amor virginal de Cristo y lo confiesa al mundo como Hijo unigénito, uno con el Padre (cf. *Jn 10,30; 14,11*); imitando su pobreza, lo confiesa como Hijo que todo lo recibe del Padre y todo lo devuelve en el amor (cf. *Jn 17, 7.10*); adhiriéndose, con el sacrificio de la propia libertad, al misterio de la obediencia filial, lo confiesa infinitamente amado y amante, como Aquel que se complace sólo en la voluntad del Padre (cf. *Jn 4, 34*), al que está perfectamente unido y del que depende en todo” (n. 16).

⁵⁴ Considerada la vida activa en cuanto que dirige y ordena las pasiones del alma, es una ayuda real a la contemplación, que no es posible cuando las pasiones están desordenadas, pues “producen imágenes que son obstáculo para la contemplación” (*S.T.*, II-IIa, q. 182, a.).

⁵⁵ “El hombre no puede dar a Dios nada más grande que el sometimiento de su voluntad a la de otro por Dios mismo” (*Ibid*, q. 186, a. 5, ad 5) por ser de más valor que el propio cuerpo y las cosas exteriores (Cfr. q. 185, a. 8, in c.).

⁵⁶ Cfr. *Ibid*, q. 186, a. 8, in c.

⁵⁷ Juan Pablo II, *Vida consagrada*, n. 21.

⁵⁸ Benedicto XVI, Discurso en Encuentro con religiosos, seminaristas y representantes de los Movimientos eclesiales en Jásna Góra, Polonia, 26 mayo, 2006.

La fuerza para practicar las virtudes y reflejar la belleza de Dios, procede, sin embargo, por una parte, de la relación de cercanía e intimidad con Cristo, la cual se consolida, por otra, gracias a la contemplación propia de la oración y al aumento de gracia sobrenatural que llega al alma a través de los sacramentos, especialmente la Eucaristía, y de la acción del Espíritu Santo, con sus virtudes y dones⁵⁹. Esta ayuda sobrenatural que Cristo prometió a sus seguidores⁶⁰ es la que realmente permite progresar en el camino de la caridad divina. Por eso Juan Pablo II no duda en resaltar la prioridad que tiene este trato con Cristo y su poder de transformar a sus íntimos en testigos suyos:

“En efecto, antes que en las obras exteriores, la misión se lleva a cabo en el hacer presente a Cristo en el mundo mediante el testimonio personal. ¡Este es el reto, éste es el quehacer principal de la vida consagrada! Cuanto más se deja conformar a Cristo, más lo hace presente y operante en el mundo para la salvación de los hombres”⁶¹.

c. Claridad

Este orden y proporción que en la vida consagrada se viven como participación en la vida de Cristo, esplendor de la divinidad, de alguna forma exigen de suyo la expansión e irradiación, lo cual vendría a ser la tercera condición de la belleza: la claridad. Esta claridad encuentra un primer y originario ícono⁶² en la presentación de Jesús en el Templo como “luz de las gentes y gloria de tu pueblo Israel”, de la cual irradia a María y a José, en primer lugar, a Siméon y Ana a continuación, y en círculos concéntricos, a todos⁶³. Pero encuentra también un precioso ícono –tal como lo pone de manifiesto

⁵⁹ “El alimento de la vida interior es la oración, íntimo coloquio del alma consagrada con su Esposo divino. Un alimento aún más rico es la participación diaria en el misterio inefable de la divina Eucaristía, en la que Cristo resucitado se hace constantemente presente en la realidad de su carne” (*Idem*).

⁶⁰ “Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros, si no permaneciereis en Mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto, porque sin Mí, no podéis hacer nada” (Jn 15, 4-5).

⁶¹ *Vida consagrada*, n. 72.

⁶² Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas de la Fiesta de la Presentación del Señor, 2 febrero 2011.

⁶³ “En efecto, la profesión de los consejos evangélicos los presenta como signo y profecía para la comunidad de los hermanos y para el mundo” (*Vida Consagrada*, n.15).

Juan Pablo II- en la transfiguración del Señor en el Tabor, de la que gozan los tres apóstoles más cercanos dejándose inundar por la luz de la gloria que irradiaba el cuerpo del maestro⁶⁴. “Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado es ciertamente la que tienen los llamados a la vida consagrada, [...] quien ha recibido la gracia de esta especial comunión del amor con Cristo, se siente como seducido por su fulgor”⁶⁵.

Pues bien, tal belleza de la perfección la encontramos de forma esencial en la exacta observancia de los preceptos de la caridad, a la que, como fin, preparan y disponen las virtudes según una ordenada proporción. Sin embargo, la claridad e irradiación de la belleza se descubren entre los efectos de la caridad⁶⁶. El orden y perfección internos que brotan de la contemplación de Dios se traslucen al exterior a través de sus efectos propios⁶⁷, al estilo de la fecundidad que brota de un amor auténtico⁶⁸; y como este es un orden en el bien y el bien es difusivo de sí, tales efectos irradian y difunden bondad.

La carta magna paulina de la caridad detalla esta irradiación del amor:

“El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”⁶⁹.

La auténtica vida contemplativa, a causa de la unión con Dios en que principalmente consiste, irradia caridad y a su vez pone en marcha –en la vida

⁶⁴ Cfr. *ibid*, n. 14 ss.

⁶⁵ *Ibid*, n. 15.

⁶⁶ ST, II-IIa, q. 186, 2, in c. Algo pertenece a la perfección de tres modos: “En primer lugar, la exacta observancia de los preceptos de la caridad. En segundo lugar [...] como consecuencia, como efecto de la caridad, como puede ser el bendecir a quien nos maldice. [...] En tercer lugar, [...] como medio y disposición; tal es el caso de la pobreza, castidad, abstinencia, etc”.

⁶⁷ De esta manera “su acción brota de la contemplación de lo divino” (*Ibid*, q.188, a. 2, ad. 1).

⁶⁸ Los santos se refieren a estos destellos como si fueran hijos espirituales de su amor a Cristo “Pido a Jesús que me atraiga en las llamas de su amor, que me una a Él tan estrechamente que viva y obre dentro de mí. Siento que, cuanto más se abraza mi corazón en su amor, y cuanto más diga: “atráeme”, tanto más las almas que se acerquen a la mía correrán veloces al olor de los perfumes del amado” (TERESA DE LISIEUX, *Obras Completas*, 245).

⁶⁹ 1 Cor 13, 4-7.

activa que es así perfeccionada- obras concretas de caridad al prójimo⁷⁰. De estas obras, la primera y más eminente consistirá en acercarse al prójimo a Dios y a su contemplación⁷¹, que es el fin específico del apostolado. Tal prioridad es coherente con el fin último y absoluto de todo hombre: la contemplación amorosa de Dios, suma Belleza y sumo Bien. Esta primera obra de caridad explica el celo ardiente por la salvación de las almas que animó la vida y actividad de los grandes enamorados de Cristo de todas las épocas, desde San Pablo, San Agustín, Teresa de Jesús, Francisco Javier, a los más modernos como Santo Cura de Ars, Teresa de Lisieux, P. Pío, Teresa de Jesús de los Andes o M. Teresa de Calcuta. Ciertamente, la perfección no es exclusiva de la vida contemplativa, también se encuentra en la vida activa.

La belleza divina se puede irradiar a otros de dos maneras y siguiendo un doble cauce: bien buscada conscientemente como fin, a través de las obras de caridad y de apostolado, o bien al brotar espontáneamente de la riqueza y del orden de la vida interior de la persona. A su vez, la caridad puede buscar el bien espiritual o el corporal de las personas, y de estos es más útil al prójimo el primero, “puesto que los bienes espirituales son más excelentes”⁷², cosa que concuerda con la frase lapidaria de Cristo: “¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?” (Mc 8, 36).

Dentro de las obras de caridad que buscan el bien espiritual, las más perfectas son las obras que “se derivan de la plenitud de la contemplación, como son la enseñanza y la predicación”. La razón es que “así como es más perfecto iluminar que lucir, así es más perfecto el comunicar a otros lo contemplado que contemplar exclusivamente”⁷³. La labor realizada por la M. Teresa de Calcuta y sus Misioneras de la Caridad, por ejemplo, pertenecería, de acuerdo a una primera valoración, a las obras externas, que brotan de la vida interior. Sin embargo, cuando se profundiza en su misión,

⁷⁰ “Al amor de Dios se ordena directamente la vida contemplativa, que se propone dedicarse sólo a Dios, mientras que del amor al prójimo se ocupa la vida activa, que ayuda al prójimo en sus necesidades. Y así como la caridad hace que se ame al prójimo por Dios, así también la ayuda prestada al prójimo es servicio hecho a Dios” (ST, II-IIa, q. 188, a 2, in c).

⁷¹ “Cuanto más acerca el hombre su alma o las de los otros a Dios, tanto más aceptable se hace su sacrificio” (*Ibid*, q.182, a. 2, ad. 3).

⁷² *Ibid*, q.188, 4, in c.

⁷³ *Ibid*, a. 6, in c.

se descubre que sus obras corresponden también a las espirituales, en tanto que al amar a los más pobres de los pobres, se les manifiesta el amor redentor de Dios, que salva a la persona completa.

Estas obras se orientan a embellecer el rostro del prójimo cuando ha quedado afeado, precisamente porque la belleza interior irradia belleza en los otros: "La búsqueda de la belleza divina mueve a las personas consagradas a velar por la imagen divina deformada en los rostros de tantos hermanos y hermanas"⁷⁴. De ahí que Juan Pablo II pueda concluir que la vida consagrada, en sus carismas, es una poderosa contribución a la "edificación de la caridad"⁷⁵. En sus obras actúan, efectivamente, como un "puente"⁷⁶ entre Dios y los hombres. Tal fuerza procede del carácter de mediador de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, de la que participa el consagrado en virtud de su sacerdocio bautismal, que une en Sí lo divino y lo humano y hace patente que sólo esta unión plenifica al hombre.

La entrega a Dios conlleva, vivida con sinceridad y radicalidad, la conformación con Cristo y la transformación en testigos suyos. Tal vivencia sería, como ya se ha indicado, la causa primera de la claridad en la belleza de la vida consagrada, al estilo de la luna que refleja la luz del sol, como resume Benedicto XVI:

*"Pertener al Señor significa estar inflamados por su amor incandescente, ser transformados por el esplendor de su belleza: le entregamos a Él nuestra pequeñez como sacrificio de suave olor, para que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo, que tanta necesidad tiene de ser embriagado por la riqueza de su gracia"*⁷⁷.

Gracias al ejercicio continuo de configuración con Cristo, la vida consagrada se convierte en una 'escuela' privilegiada para el mundo, la escuela de los testigos de primera mano del amor de Dios. En concreto, la respuesta a la vivencia personal de amor sobreabundante de Dios se manifiesta en

⁷⁴ *Vida consagrada*, n. 75.

⁷⁵ *Ibid*, n. 48.

⁷⁶ Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas de la fiesta de la Presentación de Señor, 2 febrero 2010.

⁷⁷ Benedicto XVI, Discurso a Superiores Generales de Congregaciones e Institutos Seculares, 22 mayo 2006.

la experiencia del perdón de Dios, en saberse salvado, en la experiencia “de ser grandes cuando se reconocen pequeñas, de sentirse renovadas y envueltas por la santidad de Dios cuando reconocen su pecado”⁷⁸. Y se convierte por eso en una “escuela de confianza en la misericordia de Dios, en su amor que nunca falla”⁷⁹. Este testimonio de gratuidad y de amor que encarna la persona consagrada es más importante precisamente “en una sociedad que corre el riesgo de ahogarse en el torbellino de lo efímero y lo útil”⁸⁰. Esta necesidad de ser amados por lo que somos sólo la descubre quien es amado según la ‘verdad del hombre’ –que atiende a su dignidad espiritual de criatura de Dios querida por sí misma- y no según los criterios del mundo –eficacia y éxito. Quien se deja tocar y transformar por esta verdad divina, necesariamente transmite a otros el resplandor de esa luz y belleza y tiene la sensibilidad, a su vez, para detectar la verdadera pobreza, la pobreza de no sentirse amado. Todo lo anterior requiere poseer una mirada espiritual hacia las personas para, precisamente, captar una belleza no perceptible por los sentidos corpóreos.

A los superiores de Congregaciones e Institutos Seculares, y en ellos, a todos los miembros de las familias consagradas, recordaba Benedicto XVI la

“[...] tarea de ser testigos de la transfigurante presencia de Dios en un mundo cada vez más desorientado y confuso, un mundo en el que colores difuminados han sustituido a los colores claros y nítidos. Ser capaces de ver nuestro tiempo con la mirada de la fe significa poder mirar al hombre, el mundo y la historia a la luz de Cristo crucificado y resucitado, la única estrella capaz de orientar “al hombre que avanza entre los condicionamientos de la mentalidad inmanentista y las estrecheces de una lógica tecnocrática” (*Fides et ratio*, 15)”⁸¹.

El ser totalmente de Cristo, el adherirse a su verdad hace a los consagrados “libres ante la seducción de los falsos ídolos que han encandilado al

⁷⁸ Benedicto XVI, Homilía en las Vísperas de la fiesta de la Presentación de Señor, 2 febrero 2010.

⁷⁹ *Idem*.

⁸⁰ Cfr. *Vida Consagrada*, n. 105.

⁸¹ Benedicto XVI, Discurso a Superiores Generales de Congregaciones e Institutos Seculares, 22 mayo 2006.

mundo”⁸² y les transforma, en consecuencia, en profetas que anuncian con su vida y palabra la primacía de Dios y denuncian los valores falsos.

“El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del Evangelio para la construcción del Reino de Dios”⁸³.

De esta manera, por sí misma y como efecto espontáneo, la misma vida consagrada debería irradiar la belleza de una vida transfigurada en Dios. Por medio de este resplandor, y anticipando lo que será la bienaventuranza de la vida eterna, cumple su misión escatológica, la de recordar a los hombres su destino final, Cristo, “infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano”⁸⁴, ante la cual palidecen todos los bienes de la tierra. En este punto, a la mujer consagrada se le encomienda una especial misión, la de “ser de una manera muy especial, y a través de su dedicación vivida con plenitud y con alegría, *un signo de la ternura de Dios hacia el género humano*”⁸⁵.

La irradiación de la caridad divina encuentra otro cauce en la vida consagrada. Y es la belleza que irradia el amor fraterno entre los consagrados como testimonio del mismo amor que se da entre las Personas divinas. La vida consagrada ha contribuido

“[...] a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, pone de manifiesto que la participación

⁸² *Idem*.

⁸³ *Vida Consagrada*, n. 84.

⁸⁴ *Ibid*, n. 16: “A la *vida consagrada* se confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como *la meta escatológica a la que todo tiende*, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano. Por tanto, en la vida consagrada no se trata sólo de seguir a Cristo con todo el corazón, amándolo «más que al padre o a la madre, más que al hijo o a la hija» (cf. Mt 10, 37), como se pide a todo discípulo, sino de vivirlo y expresarlo con la *adhesión «conformadora» con Cristo de toda la existencia*, en una tensión global que anticipa, en la medida posible en el tiempo y según los diversos carismas, la perfección escatológica”.

⁸⁵ *Ibid*, n.57.

en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad. Ella indica de este modo a los hombres tanto la belleza de la comunión fraterna, como los caminos concretos que a ésta conducen”⁸⁶.

6. Conclusión

Todo lo anterior nos ha permitido ver la manera concreta en que la belleza puede existir y reconocerse en la vida humana, en concreto, en la consagrada, en la medida que brota de una asimilación progresiva a Dios, suma Belleza.

A imitación de Cristo, el “Consagrado del Padre”⁸⁷ por excelencia, y de María, “modelo insuperable de toda vida consagrada”⁸⁸, a cuya “escuela” invita el Santo Padre a entrar⁸⁹, se presentan numerosos ejemplos de tal resplandor. Nos contentamos con citar aquí a San Pablo⁹⁰, que, proponiendo a los primeros cristianos su conocido “sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (1 Cor 11, 1), se lanzó, desde una profunda vida espiritual y lleno de valentía y confianza, a la misión; al Pobre de Asís, extasiado ante la belleza del Creador en sus criaturas; la constante caridad de Vicente de Paul, tanto entre los condenados a galeras como entre los pobres, o, más recientemente, al incansable P. Hurtado que hace nacer el Hogar de Cristo de su gigante caridad a Dios, o la B. Teresa de Calcuta que, con su sonrisa y entrega, devolvió la dignidad a tantos pobres de cuerpo y alma.

He ahí una misión fundamental de la vida consagrada, llamada a manifestar la belleza espiritual por su dedicación a Dios en la medida en que sus acciones sean “proporcionadas según el esplendor espiritual de la razón”⁹¹.

⁸⁶ *Ibid*, n. 41.

⁸⁷ Benedicto XVI, Homilía en la Misa de la fiesta de la Presentación del Señor, 2 febrero 2006.

⁸⁸ Benedicto XVI, Discurso a Superiores Generales de Congregaciones e Institutos Seculares, 22 mayo 2006.

⁸⁹ Cfr. Benedicto XVI, Discurso en Encuentro con religiosos, seminaristas y representantes de los Movimientos eclesiales en Jásna Góra, Polonia, 26 mayo, 2006.

⁹⁰ Benedicto XVI, Homilía al final de la Misa de la Presentación del Señor, 2 febrero 2009.

⁹¹ *ST*, II-IIa, q. 145, a. 2.

No sólo es posible, sino que podemos concluir que el desafío de la vida de total consagración a Dios consiste en mostrar “un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana”⁹², en ser “signo elocuente de la presencia del reino de Dios para el mundo de hoy [...], centinelas que descubren y anuncian la vida nueva ya presente en nuestra historia”⁹³, y en seguir “suscitando en el corazón de numerosos jóvenes el deseo de seguir a Cristo para siempre, de modo íntimo y total”⁹⁴.

Dra. María Esther Gómez de Pedro
Centro de Estudios Tomistas,
Universidad Santo Tomás, Chile
esther.gomez@santotomas.cl

Bibliografía

JUAN PABLO II, *Vida consagrada*; Madrid, Ed. San Pablo.

LOBATO, A.; *Ser y belleza*; Madrid, Unión Editorial, 2005.

TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica I-V*; Madrid, BAC, 2009.

TOMÁS DE AQUINO, *Opúsculos y cuestiones selectas II*; Maior 73, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2003.

RATZINGER, J.; Was ist der Mensch?, en *Mitteilungen. Institut Papst-Benedikt XVI*. 1(2008), 43.

TERESA DE LISIEUX; *Obras Completas*; Burgos, Monte Carmelo, 1990.

VON BALTHASAR, H. U.; *Gloria (una estética teológica)*; 1. *La percepción de la forma*, Madrid, Ed. Encuentro, 1985; Tr. E. Saura.

⁹² *Vida consagrada*, n. 9.

⁹³ Benedicto XVI, Homilía en la Misa de la fiesta de la Presentación del Señor, 2 febrero 2006.

⁹⁴ Benedicto XVI, Discurso en la Concelebración Eucarística de la Presentación del Señor, 2 febrero 2007.